

la Guerra; declarar á S. M. que no pudiendo menos, atendidas las circunstancias, de producir funestas consecuencias la desaparicion de cualquiera de los individuos del gabinete de que se trataba, yo, si ambos no se avenian, debia igualmente retirarme; cualquiera otra cosa era degradarme y hacerlo inútilmente, faltar al trono y al pueblo. Llevé pues, á cabo mi resolucion. Mis razones no fueron escuchadas; el sacrificio del ministro progresista pareció conveniente, y con la suya fué admitida mi dimision y la de todos nuestros dignísimos compañeros, encargándose el que tambien lo habia sido en el despacho de la Guerra de la formacion de nuevo gabinete.

Esta es la verdad, sumaria, pero fielmente esplicada, de aquellos sucesos; por ellos se me hacen dos géneros de acusacion, bien singulares ciertamente. Para unos, mi delito es no haberme hecho conservador en el ministerio en que entré y en que fuí siempre la representacion del partido progresista; para los otros, soy culpable de no haberme anticipado á los que, violando su fe, rompieron la union, sacrificándonos, y lo que es peor, sacrificando á la libertad con nosotros.

Ciertos son ambos hechos, y no tengo mas que una contestacion que dar en mi descargo. Hombre de honor he nacido; progresista he sido siempre: hombre de honor y progresista estoy seguro de bajar á la tumba. Hagan de mí en buen hora los que busquen en este soldado un politico de la escuela de los Maquiavelos: yo no puedo, ni sé ni quiero serlo. Mas por di cha no está aun terminada la tarea que mi gratitud á vuestras simpatías me impone: tengo todavía que deciros lo que olvidar quisiera. Durante la crisis que era imposible permaneciese oculta, el pueblo de Madrid fermentaba inquieto, las diferentes fracciones del partido liberal se agrupaban ante el riesgo comun, la exaltacion de los ánimos crecia por instantes, y mientras por su parte la reaccion preparaba sus huestes al amparo de la autoridad oficial y legítima, y con visos de razon, pues el riesgo de un conflicto era visible, mi razon presentia ya todo lo que los sucesos han dado realmente que llorar despues.

A cuantos se me acercaban dije constantemente lo mismo: « Permanezcamos tranquilos en la mas estricta legalidad: si somos objeto de una agresion violenta, la razon estará entonces visiblemente de nuestra parte, y con la razon á nadie temo; que mi nombre sobre todo no sea nunca bandera de discordia y guerra civil: prefiero morir mil veces antes. » ¡Estaba escrito, sin embargo, que de otra manera fuese! Vanamente en la para siempre funesta y triste memorable jornada del 14 de julio, al salir de palacio con el alba, ya relevado del ministerio, renové con encarecimiento mis encargos y súplicas: vanamente esperando que mi desaparicion completa de la escena calmara un tanto el ardor de los ánimos, abandoné mi residencia oficial, refugiándome en la de un amigo: ¡todo fué inútil!

La benemérita, la heroica y siempre leal Milicia nacional de Madrid tomó las armas legalmente, y no como se ha pretendido para embarazar el uso de la régia prerogativa, sino para atender á la conservacion del orden público, con evidencia amenazado por la irritacion de las pasiones políticas, para proteger las deliberaciones de las Cortes Constituyentes que en uso de su derecho y en cumplimiento de un deber sagrado, se reunian para resolver sobre la difícil situacion en que el país se encontraba. Horas, y muchas hubo durante las cuales el gobierno, pero solo el gobierno pudo aun evitar el sangriento conflicto, ya acudiendo á explicarse ante las Cortes, ya contestando al menos al mensaje ignominiosamente recibido. Pero no: los que asimismo se sabian enemigos de las Cortes, de la Milicia y del progreso, trataron desde luego de facciosa á la representacion nacional, como de rebelde á la fuerza ciudadana, y atendieron solo á batir en brecha el edificio de la libertad en dos años de ímproba tarea levantado.

¿Cómo estalló la batalla? Nadie lo sabe, imposible averiguarlo; y poco importa además cual fuese la tea de que partió la chispa que determinó la explosion, ya entonces inevitable, del volcan: toda la responsabilidad de aquella tragedia, todo el peso de la sangre española que en aquellos lúgubres dias se ha derramado, no pesará ciertamente, ni ante Dios, ni ante la historia, sobre los que forzados se lanzaron al combate, despues de consumada por otros la violacion del pacto, solemne alianza á que dos años fuimos fieles los liberales, hasta con esceso.

Los que alguna vez me hayan visto en el campo de batalla; los que conozcan á fondo mis profundas, sincerísimas convicciones, esos solos podrán darse cuenta, y no cabal todavía, de mi horrendo martirio durante la lucha. Tronaba el cañon y alguna vez envuelto en su estampido llegaba á mis oidos el eco de mi nombre; las emanaciones de la pólvora despertaban en mi corazon el nunca amortiguado instinto de mi noble profesion de armas, y mi espada tenia que permanecer ociosa. Deliberaban á mi presencia, impávidos al fuego de la artillería, los legítimos representantes del pueblo. ¡Y mi voz era la única que no podia resonar en aquel recinto!

¿Por qué? ¿por qué esa absoluta inercia? Este es el cargo mas grave y tambien el mas injusto que contra mí se fulmina. ¿Es generoso provocar á quien con evidencia se sabe que ni puede ni debe decir todo lo que á su justificacion conviniera? Tantos años de honrado servicio, tantas pruebas como tengo dadas á la causa de la libertad, tantas victorias á mi nombre unidas, la probidad personal en fin que no injustamente se me concede, ¿no bastarán á que si no se me otorga la confianza absoluta que creo merecer, al menos no se lance sin oirme siquiera una sentencia de esterminio, y una sentencia que se pretende fundar en que el soldado faltó á su puesto y el hombre político abandonó á su partido?

En lo que os llevo dicho y en las breves palabras que añadí, debeis ver el sumo aprecio que de vosotros hago: solo ese sentimiento podría reducirme á rechazar tales acusaciones.

Recuérdense los tiempos, tráiganse á la memoria las circunstancias, y se verá que si en la esencia se peleó de un lado por la libertad, y por la reaccion por la otra parte, quiso la desdicha que no fuesen esas opuestas banderas las que ostensiblemente ondeasen en la batalla. Prevenido para ese hecho el enemigo; repeliendo la agresión de improviso el bando liberal, lo que aparecía, lo que se logró que por el momento apareciese, fué que se combatía por un ministro contra otro ministro: tal fué la posicion desesperada en que los sucesos y las circunstancias me colocaron.

Al frente de unos, hubiera sido el ambicioso que á su personal engrandecimiento todo lo sacrificaba sin escrúpulo. Con los otros, el traidor apóstata que clava el puñal en el seno de su partido. Una fatalidad cruel, superior á todos mis esfuerzos y que hizo estériles todos mis sacrificios, inútil mi abnegacion durante dos años, trajo la lucha á desesperados términos....! ¡La reaccion supo escudarse con el trono! ¿Quién triunfó? Todos lo sentimos.... ¿Qué ha sido en consecuencia de la libertad, de las Córtes, de la Milicia, de la desamortizacion, de los fueros municipales, de la imprenta, de la seguridad personal? Viéndolo estamos.

¿Cómo podía yo, cómo podía tomar parte en aquella fratricida guerra, contra mi solicitud empeñada, cuando era evidente á mis ojos que la imprudencia fatal de los que la provocaron, habia hecho imposible que su resultado no fuese la ruina inmediata, aunque transitoria, de alguna de las instituciones, á cuyo sosten y defensa he consagrado mi vida entera? No diré mas, no diré mas; vosotros adivinareis lo que el deber me impone callar, puesto que sin explicacion ninguna, ni escitacion tampoco, habeis adoptado mi nombre. No diré mas, sean cuales fueren las provocaciones que se me hagan, las injusticias que se me infieran. Permanecer inactivo fué para mí mil veces mas cruel, que me fuera la muerte. La historia me tomará en cuenta este durísimo sacrificio, último de los que he tenido ocasion de hacer á la inflexibilidad de mis principios y á la rectitud de mi conciencia. ¡Y á los ojos del trono se me pinta como demagogo! ¡Y á los del pueblo se me quiere presentar como desertor de su santa causa!

Dios, que ve los corazones, conoce el mio, y sabe si hay español que sea mas progresista constitucional, que el que vosotros al menos considerais hoy, como antes le consideraron todos los liberales, como confiadamente espera que algun día, y no lejano acaso, vuelva á considerarle la nacion entera.

Nada ambiciono: las grandezas, que me son conocidas, no me fascinaron nunca: si mi patria fuera libre y próspera, la soledad de mi modesto retiro llenaria todos mis desvelos. Vuelvo á decirlo, el partido progresista tiene en mí un soldado sin aspiraciones de supremacia; si le he acaudillado en otro tiempo, fué por obedecerle, y con satisfaccion me verá reemplazado por otro que su confianza conquiste, cediendo de buen grado á cualquiera el primer lugar en todo, menos en la fe, en la lealtad, en la perseverancia con que siempre ha servido y servirá á la causa de la libertad y de la monarquía constitucional el que se envanece de haber sido vuestro candidato

Baldomero Espartero.

Logroño 1.º de abril de 1837.







